

H  
3765  
no 11/12  
CA

# Maranatha

REDACTORES Y DIRECTORES:  
SIDNEY W. EDWARDS y JAIME BRENES  
REVISTA EDUCACIONAL



Pintura de Rubens.—El Niño Jesús en compañía de Juan y dos Angeles

NÚMERO 4

TOMO II

← →  
Enero de 1921  
← →

San José, Costa Rica : América Central

# Revista Metodista

REDACTORES Y DIRECTORES:

SIDNEY W. EDWARDS ♦ JAIME BRENES C.

## PRECIOS

Suscripción anual en Costa Rica .. 2.00

Suscripción anual en el extranjero \$ 1.00

La correspondencia habrá de dirigirse a  
"MARANATHA"

APARTADO No. 858 TELÉFONO No. 505

Diríjanse los cablegramas a "METODISTA"

SAN JOSE DE COSTA RICA

## SUMARIO

Por el Bello Sexo .....	63
Severo Catalina .....	64
Dolor Eterno .....	65
Rayo de Luz .....	67
El Mensaje del Cristianismo .....	70
La Muerte y la Niñez .....	71
El Lujo de Madrid .....	74
Derechos de la Niñez .....	75
Esclavitud e Intolerancia .....	76
Crónica e Impresiones .....	79

# Maranatha

Esta Revista se publicará mensualmente en San José de Costa Rica  
por la Iglesia Metodista Episcopal

## Por el Bello Sexo

Para escribir de la mujer, decía no sabemos qué poeta, es preciso arrancar una pluma de las alas del amor; para escribir de la educación de la mujer, es preciso mojar en sangre del alma, que tal nombre da San Agustín a las lágrimas, esa pluma arrancada de las alas del amor.—Severo CATALINA.

**E**STA sometido el hombre como los demás seres de la naturaleza a las leyes de la armonía y de la evolución, en todos los procesos de la vida. Lo que llamamos civilización, no es otra cosa que pasos evolutivos de las ideas y acciones del hombre.

Cumplir con estas leyes significa, encaminarse hacia la perfección en las esferas del bien, de las ciencias y de las artes; quebrantarlas, es retrogradar del camino del proceso e ir en contra de los supremos designios de Jehová.

Fijemos la atención en lo que fue la mujer y en sus fases evolutivas: ¿qué nos señala la historia? Deshonra en sus páginas por la crueldad con que el mundo trató a la mujer. Era valioso artículo entre los traficantes de su honor, objeto de los placeres en la holganza, víctima de celadas y secuestros; el salvaje iba tras ella con la saña que perseguía a las fieras; permanecía esclava, a pesar de que Dios la formó para que fuese "ayuda inteligente" del hombre. No se le reconocía en aquel entonces la bondad de su corazón ni los poderes de su entendimiento, porque el egoísmo y la ignorancia siempre han desviado el destino con que hubo de crearla el Divino Hacedor.

Pero con el transcurso de los años el hombre se ha venido convenciendo de la crueldad y desamor con que trataba a su compañera, de la imperdonable vileza que cometía en convertirla tan sólo en instrumento de la lujuria, de que ella por su piedad y consagración a la nobleza, está llamada a realizar los nobilísimos ideales de la fraternidad.

Efectivamente, los hombres han sido testigos, de que en todas las calamidades que han desolado al mundo, el brazo de la mujer ha sido siempre generoso sostén de los caídos. En la guerra que acaba de pasar por Europa como el simún por los desiertos, la mujer ha sido no sólo el ángel tutelar de los que caían en el campo de batalla, sino que hubo de ocupar el puesto de los hombres en la agricultura y en las fábricas; los ha reemplazado en las faenas intelectuales, demostrando siempre capacidad, energía y constancia. ¡Su amor sigue siendo el bálsamo que extingue el dolor y que cura las enfermedades, sigue elaborando el pan de los que padecen hambre y difundiendo la fe cristiana en los que han perdido sus esperanzas!

## Severo Catalina

**H**ABIA Dios creado los cielos y la tierra.

Al influjo de dos monosílabos había brotado la luz con todos sus encantos.

Y se extendía majestuosamente la inmensa colina del firmamento.

Y se habían reunido las aguas en el dilatado espacio de los mares.

Y a una mirada del Omnipotente se habían encendido los lumineros del cielo.

Y germinaban las plantas en el seno de la tierra.

Y alzaban su cáliz las primeras flores, hendiendo su aroma la virgen aura de los campos.

Y pulularon los animales.

Y apareció por fin el hombre, obra maestra de la Suprema Sabiduría, rey de la naturaleza, imagen del Creador.

El hombre tenía por palacio un jardín plantado por la mano de Dios; un sople divino era, pues, el céfiro que acariciaba las rosas del Paraíso y besaba con suavidad la frente del primer padre; crecían allí frondosos árboles de ancha sombra y dulce fruto; de allí partían en tranquilo curso cuatro ríos, que surcaban la tierra en direcciones opuestas. El manso murmullo de aquellos ríos era el primer ruido que turbaba el imponente silencio del Edén.

El hombre estaba solo.

Y dijo Dios: "No es bueno que esté el hombre solo; le haré ayuda como para él".

Y de un hueso extraído al primer hombre, formó Dios a la primera mujer.

La mujer ocasiona el primer menoscabo que el hombre experimentó sobre la tierra.

Pero bien valía Eva perder por su causa una costilla.

Al salir de las manos del Hacedor se encontraron frente a frente la luz de sus pupilas y la luz de la aurora que irradiaba en el confín azul del horizonte. Torrentes de luz inundaban el espacio.

De haber creado Dios a la mujer des-

pués del hombre, se han querido sacar diversas consecuencias.

Unos han dicho: "La mujer como obra posterior es más perfecta".

Otros han dicho: "Creado el universo y creado el hombre, estaba el edificio concluido y faltábale sólo la veleta, y Dios hizo a la mujer.

Uno y otro corolario nos parecen más hábiles que lógicos.

"Por ella, dijo Dios, abandonará el hombre a su padre y a su madre."

Qué elogio más sublime puede hacerse de la mujer?

Es verdad que la mujer no tardó en prevaricar; pero es también cierto que obró con mucha astucia la serpiente.

Lo peor de todo es que aquel inmundo reptil, maldecido por los labios del Eterno, dejó tan asegurada su reproducción, que, a través de los siglos y de las edades, se arrastra todavía sobre el pecio de la tierra.

Ese reptil es el espíritu de seducción, enemigo implacable de la mujer.

Para seducir a una Eva hubo al principio del mundo una serpiente; hoy para cada Eva seductible existe un mundo de serpientes.

Contra esa multitud de reptiles que se arrastra de ordinario por los pavimentos de jaspe y por las alfombras de terciopelo, hay un sólo recurso: la buena educación; la educación en el verdadero sentido de la palabra.

Con ella puede alcanzarse el inmenso tesoro que se llama mujer virtuosa.

Napoleón lo dijo: una mujer hermosa agrada a los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos a añadir: la que a la belleza del rostro adune la belleza del alma, a los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

¡Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente!

## Dolor Eterno

Por Francisco María Núñez

**D**OLOR ETERNO, se llama una obra escultórica de Pablo Dardé, un pobre pastor desconocido que ha triunfado en el salón de los artistas franceses, en París.

Han llamado, extraordinariamente la atención de los visitantes, dos piezas de escultura que tituló "El Fauno" y "Dolor Eterno".



Paul Dardé tallando "El Fauno"

Dardé es de humildísimo origen y apacentando ovejas—como la Santa de Reims,—tallaba en las rocas de las Cevennes figurillas y caprichos y en su casa, durante las horas del descanso, grababa en zinc con agujas de hacer calceta, afiladas convenientemente.

"Un día—dice una crónica—uno de

esos buenos Mecenas que por fortuna aun no se han agotado, lo mandó a París y se lo recomendó a Armando Dayety; la suerte de Dardé quedó fijada".

Pero no es su biografía, sino una de sus obras, la que motiva estas líneas.

**Dolor Eterno**, nació en las horas de pena y de ensueño, cuando las bellezas femeninas desfilaban ante los ojos del pobre guardador de ovejas y puercos, haciendo gala de arrogancia y despertando envidias, quizá deseos...

Un pasaje del Dante parece haber inspirado la idea simbólica y nació la obra, la cabeza de mujer, cuya fría e insensible belleza, martirizó a muchos corazones, llevó no pocos a la desesperación y fue sembrando a su paso: odios, envidias, deseos, dolores y sombras...

Y no puede esperar espigas de dorado trigo, ni ramas de oliva, ni siquiera un gajo de ciprés, quien sólo siembra vientos... que cosechan tempestades...

Una cabeza de mujer arrancada del cuerpo,—donde aún parece temblar el nervio que dió vida,—y que después de servir de pasto a las serpientes, está destinada al infierno.

El asunto es más curioso que seductor, y es su factura de una perfección, de una maestría sorprendentes, concluye el comentarista.

Yo no pienso en la perfección de la obra; pudo el buril no llegar a delinear los perfiles de un rostro bello atormentado por el dolor y dejar a la imaginación del visitante ese espasmo que arranca al corazón un grito.

Pero nunca la vanidad de mujer bella, pasajera y efímera, pudo caracterizarse mejor.

Los antiguos personificaron la vanidad en una mujer ricamente vestida y mirán-

dose con mucho gusto en un espejo; su mejor atributo fué el pavo real, cuyas plumas en alguna ocasión le sirvieran de corona.

Mas no sé de nadie que aprisionara, dentro de un tosco madero o un pedazo

atractivos, el amor, los deseos, las diversiones, los chistes inocentes y el amable entretenimiento que insensiblemente sorprende el corazón de los más sensatos".

Desde entonces ya la belleza llevaba el estigma de sembrar dolores, robando la



Eterno Dolor — Paul Dardé

de piedra, el dolor de una belleza que pasa y que sólo dejó veneno en los corazones.

Nuestro Padre Homero dice al describir a Venus: "Era de una composición admirablemente mixturada: hallábanse en ella los encantos más seductores, los

calma de los espíritus, hasta de los superiores.

Ahora Dardé enseña, con la belleza de su escultura, lo que vale una cabeza de Venus, atormentada por las serpientes, desprendida del cuerpo que fue voluptuosidad y provocación y condenada al in-

fierno, cuyos honores describió el Dante e inspiraron a Pefrarca.

Ah!, pero nuestras Venus no conocen esta obra ni han observado la tristeza de una rosa—bella y seductora—que se muere del dolor de una mirada...

Los pétalos en el suelo, perfumando el terrón que pisó la planta de un descono-

cido y al aire, como una enseñanza, el tallo marchito que provoca la impresión de la muerte.

De otra manera, ya no se venderían espejos y cruzarían por la calle muchos rostros velados a la curiosidad, como la deidad pagana, en que los griegos y romanos personificaron la diosa del fuego..!

## Rayo de Luz

(Colaboración descriptiva)

Por Andrés Bóza Cano

Para MARANATHA, cariñosamente.

**R**AYO DE LUZ... Ese fué el título que anunciaba que de ahí en adelante principiaba a gastarse el colón de la luneta.

En círculos grandes aparecieron proyectados los protagonistas de tan sencilla cuanto delicada obra: un matrimonio y su primogénito. El, la personificación de la fealdad: color casi negro, ojos redondos y pequeños, nariz achatada, boca prominente, brazos exageradamente largos con manos de enormes dedos. Con traje aristocrático, parecía un chimpancé con levita. Ella, una belleza: alta, delgada, con finos cabellos que caían sobre sus hombros, semejantes a primorosos flecos de una seda color negro intenso. Parecía aquella diosa que en una concha nácar, rompiendo la espuma de los mares se reveló al mundo, el que quedó asombrado al ver que aquella concha delicada iba tirada amorosamente por los blancos cisnes que buscaban la ribera del ensueño. Evocaba el recuerdo de la Venus!

Al primogénito, sólo le faltaba su carcaj repleto de flechas y su vista vendada para decir que era el Cupido que trastorna el mundo.

Aquel hombre exageradamente feo tenía una nobleza de sentimientos extraordinaria: amaba lo bello, y aspiraba a conseguir en el amor el almíbar de sus pe-

nas. De una posición social brillante, y acaudalado en exceso, no perdía una sola de las reuniones que celebraba la alta sociedad, con la esperanza de encontrar allí una mujer a quien amar. Pero era bien difícil!... La mujer por lo regular busca la gracia de su novio en las delineaciones de su rostro, aun cuando lleve descompuesta el alma!

Aparece el buen hombre en un baile de salón; y qué tristeza! Cuando él, con amaneramientos cultos se levanta de su asiento para llegar a ofrecer su brazo a alguna de las señoritas a fin de bailar con ella, unas con disimulo, otras con sangrienta insolencia, se levantan, le vuelven la espalda y lo dejan, cual si fuera una estatua, con el brazo inmóvil; y en cierta ocasión, como aconsejadas todas, lo dejan solo, completamente solo en medio del salón. El pobre hombre no tiene otro recurso que sentarse en una regia butaca, dirigir su mirada al suelo, tomar su cabeza entre las manos con sus dedos metidos en el cabello, apoyando sus codos en las piernas. Era aquella una actitud de desilusión profunda, de intenso pesar!

Levantóse sigilosamente, y muy pensativo fue a colocarse frente a uno de los venecianos. ¿Para qué? Para convencerse de que en verdad era bien feo; y de que en muchos casos la belleza del alma

nada significa para aquellos que buscan la dicha en las exterioridades materiales. En realidad era feo, espantosamente feo!

El amor era para él una obcecación continua; deseaba encontrar la compañera de su vida; pero desgraciadamente parecía estar condenado a vivir solo, como si su fisonomía espantosa fuera peor que una contagiosa enfermedad. Todas las mujeres le huían, todas esquivaban hasta el hablarle.

Sentado estaba un día en un jardín, admirando todos los encantos que a la vista ofrece la naturaleza, cuando vió que acompañada de un pequeño lazarillo venía una mujer bella, el símil de la Venus.

Su corazón tembló al contemplarla; su dulce voz hizo conmover las fibras internas de sus sentimientos. Le entusiasmó que con inaudita insistencia clavara su mirada en su fisonomía, y que no hiciera aquel gesto de repugnante desprecio que hacían las mujeres que por primera vez lo veían. La amó con toda el alma desde aquel momento; y extasiados los dos..., viéndose con penetración intensa la personificación de la fealdad y la belleza, el primero hizo a la segunda su declaración de amor...

EL—Es posible que Ud. me ame?

ELLA—Su voz me dice que Ud. es bueno, y bellezas de ese género me entusiasman.

EL—Ha visto Ud. mi fisonomía?

ELLA—Soy ciega, y los ciegos sabemos, por las modulaciones de la voz, cuando una persona es buena y cuando es mala.

EL—(Para sí) Es esta la mujer que yo buscaba: Es muy bella, es muy buena; y si a esto se une su ceguera, seré feliz, porque no viéndome guardará para mí una eterna ilusión; la ilusión de conocerme.

La ciega primorosa también guardaba un amor incomparable por el hombre que parecía amarla con locura.

Dos corazones generosos, cada uno con un defecto físico, iban a unirse en lo que sublimiza el alma: en el amor.

Prepararon la boda; y en medio de una fiesta inusitada, el chimpancé con levita unía su mano y todas sus ilusiones a las manos y a las ilusiones de aquella ciega Adonis.

Por el regío pórtico del palacio, cuyas escaleras de mármol daban a un jardín en que los tilos, los sauces y bambúes daban el aspecto de un paraje en que las hadas iban a reunirse, salía el nupcial cortejo: delante, la desposada; detrás, los testigos presenciales de aquel acto religioso.

Iban a dejarlos solos. Por fin solos!...

La vida de aquel matrimonio era toda una delicia. El amor se acrecentaba; y él, en medio de aquella dicha se sentía mejorar de fisonomía, y a ella le parecía que su vista poco a poco iba siendo recuperada.

Vino por fin lo que iba a colmar la ventura de ambos: El primogénito! El precioso niño era el retrato viviente de su linda madre. La Providencia en eso, como en todo, fue muy justa. No quiso perpetuar en aquel niño las espantosas facciones de su padre, pues se hubiera convertido en eterno espejo que constantemente le dijera: "Eres muy feo".

Al calor de aquella madre el niño crecía robusto. En su cuarto de estudio estaba un día el padre, con un diario entre sus manos, cuando leyendo los anuncios vió uno que para él fue una revelación inesperada: El médico X, que daba las señas exactas de su casa, anunciaba la curación radical de la ceguera.

Dios bendito!... En un corazón tan noble como el que en sí llevaba aquella mujer no era creíble que teniendo ya un hijo, fuera a detestar al padre por cuanto la naturaleza no le había favorecido con una simpática fisonomía. Esto pensó aquel esposo incomparable.

Loco de contento comunicó a su esposa lo anunciado, y dándole las señas del despacho, le prometió llevarla al médico dentro de pocos días.

El tiempo pasaba y el amor crecía en aquel hogar. La recuperación de la vista de aquella primorosa mujer sería la

culminación de la dicha. Ver a su hijo! Qué delirio!

Ese día, como de costumbre, el marido salió a su trabajo. Un rato después, la madre ciega llamó a uno de sus sirvientes para que ordenara al mejor de sus lacayos que alistara la más elegante de sus carrozas. Cumplidas las órdenes de aquella ama de casa, partió para el consultorio de aquel galeno famoso. Los dos blancos corceles, con orgullosos bríos, tiraban presurosos del carruaje. Un cuarto de hora después estaban a las puertas del médico.

Desciende del coche acompañada de una sirviente; toca el timbre. Sale el médico y con exquisita cortesía saluda a los concurrentes.

—Es esta la casa del Dr. X?

—El en persona tiene el gusto de recibirlas. Pasen adelante. Entraron a un regio consultorio y tomaron asiento, correspondiendo a las instancias del doctor.

—En qué puedo servirle, mi señora?

—Ha visto mi marido un anuncio suyo, por medio del cual Ud. ofrece sus importantes servicios profesionales para la radical curación de la ceguera.

—Ciertamente. He operado a infinidad de enfermos de la vista, y hasta ahora no he fallado en ningún caso. Espero que con usted no he de ser menos afortunado.

—Dios lo quiera, doctor.

—Andando, mi señora. El examen lo haré al instante; y según sea su caso, podemos operarla ahora mismo.

Pasaron al cuarto de exámenes oculares. Minuciosamente el doctor investiga aquella enfermedad, y tiene la certeza de poderla curar sin dificultad alguna.

—Qué suerte, señora! Su caso es de los más sencillos que se me hayan presentado. No perdamos tiempo. En este mismo edificio hay salones para enfermos; bien puede usted dejarse operar, y cuando su marido sepa es que ya sus ojos son en verdad ventanas del alma que dejan pasar al interior de su cuerpo la luz universal.

—Muy bien, doctor. Haré lo que Ud. me ordene. Tengo un hijo y no lo conozco; un marido a quien no he visto una sola vez, no obstante sentirme de él enamorada.

La operación fue practicada con éxito feliz.

—Pocos días ha de estar vendada y en la penumbra de su cuarto para que poco a poco se vaya acostumbrando a la luz.

El médico dió aviso a su marido de la felicidad de aquella operación; y cuál no fue su alegría al saber que aquellos ojos que hasta entonces miraban fija y vagamente, iban a tener la suprema dicha de contemplar en primer término a su idolatrado hijo.

El ansia por llegar a ver a su esposa era grande. Por fin, después de varios días de reposo, le fue concedido el permiso de llegar con el niño al cuarto de la madre.

Teniendo en cuenta el médico el peligro inmenso que en casos semejantes ofrecía el recibir impresiones fuertes, y teniendo que recibir dos: el conocimiento de su hijo y el de su esposo, convino en que primero introdujeran al niño y después de algunos días de reposo dejaran penetrar al padre.

En efecto, aprovechando una mañana un tanto oscura, hicieron entrar al niño en brazos de la sirviente. Poco más de dos años tenía aquella criatura. Ella estaba recostada en su diván. El médico la levantó y le dijo: "Delante de Ud. está su hijo. Voy a quitarle por breves instantes las vendas. Conocerá a ese precioso pedazo de su corazón, pero me permitirá que en seguida le cubra sus ojos. Hay mucho peligro en dejarle su vista expuesta a la influencia directa de la luz".

—Estoy entendida, doctor; estoy conforme.

El instinto de los hijos se reveló con prominentes caracteres en aquella criatura. En cuanto vio a su madre, le echó los brazos al cuello. Era imposible apartarlo! Risas y lágrimas se advertían en aquel rostro infantil. La venda fue quitada.

—Hijo de mi alma! Eres muy bello! Tal fue la apasionada expresión de aquella madre, por cuyas sonrosadas mejillas rodaron dos lágrimas inmensas. El cuadro es de lo más emocionante que pueda imaginarse. La madre de aquel hijo quedó como petrificada.

Listo estuvo el doctor a cubrir de nuevo sus ojos.

El cielo se iba despejando; los rayos del sol traspasaban las vidrieras del tejado. El niño siguió en los brazos de la madre, pero lo molestaba verla con los ojos vendados. Por aquel espíritu de imitación, distintivo peculiar de la niñez, quiso él ponerse la misma venda sobre sus ojos.

El médico salió del cuarto; iba a dar al padre de aquel niño la noticia grata de que madre e hijo ya se habían conocido. Solos en un cuarto, la madre y su niño, en interminable idilio, se besaban amorosamente. La criaturita inocente

hacía esfuerzos por quitarle la venda que protegía aquella vista enferma.

De pronto penetra el médico: era precisamente en el instante en que el niño descubría los ojos de la madre.

—Dios mío, gritó aquella pobre madre. Estoy de nuevo en las tinieblas!

El médico quedó espantado!

El amor sobrenatural de aquel hijo, y la extremada tolerancia de la madre, convirtió en un instante la dicha de aquel hogar en eterna pesadumbre.

Un rayo de luz hirió sus ojos, y los hirió de veras! Quedó de nuevo ciega, y ciega para siempre!

Así viviendo, en tétrica y eterna noche, siguió dedicando todo su amor a su marido, por el que guardaba la ilusión de conocerlo.

Un rayo de luz que ilumina a muchas mentes y que puede guiar a muchas almas, obscureció para siempre el mundo de la ciega!

## El Mensaje del Cristianismo

Por John Siske

QUE es, pues, el mensaje del profeta moderno, sino puro cristianismo? No las doctrinas teológicas recopiladas ingeniosamente por Tertuliano, Clemente, Atanasio y Agustín, sino la verdadera esencia del Cristianismo que llena de advertencias para los hombres, viene de los puros labios de Jesús y Pablo! Cuándo ha tenido tanta significación como al presente aquella grande concepción de San Pablo, de la nuestra dualidad interna, luchando en nuestra naturaleza los apetitos de la bestia, con el ansia divina de una vida más perfecta? ¿Cuándo hemos podido desenredar la madeja que formaba la significación de Cristo en el Sermón de la Montaña? "Bienaventurados los humildes, porque ellos recibirán la tierra por heredad". ¿En cuales luchas de las pasadas centurias, no ha apa-

recido frecuentemente que la tierra iba a ser más bien el premio de los corazones duros y de los puños más fuertes? Muchos han juzgado estas palabras de Cristo una locura, las han encontrado motivo de escándalo, y han reputado la ética del Sermón de la Montaña como excesivamente buena para este mundo.

En un cuadro admirable de la vida moderna, trabajó el más grande de uno de los primeros seres de nuestro tiempo, Víctor Hugo, se da una explicación concreta de los procedimientos cristianos. En el carácter del obispo Myriel y en la transformación que producen sus ejemplos en el endurecido carácter de Juan Valjean, vemos un comentario grande y hermosamente poderoso del Sermón de la Montaña. Algunos críticos que expresan libremente sus puntos de vista sobre Los

Miserables, y dudan de impugnar directamente la autoridad del Nuevo Testamento, juzgaban a Monseñor Bienvenido como un tipo inhumanamente ridículo, como un hombre de imposible bondad, y hasta como loco y cobarde. Mas no pienso que Víctor Hugo comprendió aquello de que es capaz la naturaleza humana y su dignidad real mucho mejor que esos burlones.

En un grado bajo de civilización, Monseñor Bienvenido habría tenido poca extensión en el radio de la vida. Recordemos que Cristo mismo fue crucificado entre dos ladrones. No es menos cierto que cuando una vez el grado de civilización es tal como el que acompaña a este supremo tipo de carácter, que se distingue por su bondad y dulzura, y echa raíces y prospera, es porque sus procedimientos son de incomparable potencia. Sabía el Maestro perfectamente bien, que aún no estaba el tiempo maduro, no obstante, predicaba el evangelio de la felicidad que poco a poco se había de alcanzar por el trabajo de la humanidad, y anunciaba los principios éticos propios a adaptarse a los tiempos que comienzan. La gran originalidad de sus enseñanzas, y lo que principalmente le ha dado el poder en el mundo, se encuentra en la claridad con que concibe un estado so-

cial en el cual todo vestigio de lucha y modo de conducirse que estas edades llevan consigo desaparecerían de una vez para siempre.

Al través de miserias que han parecido insoportables, y agitadas, en términos de presentárnoslas como inacabables, el hombre ha pensado en aquella vida y en sus ideales sublimes, y se ha confortado con el mensaje suave y armoniosamente solemne, de paz sobre la tierra, y buena voluntad a los hombres.

Creo que la promesa que dí al empezar ha sido ampliamente satisfecha. Creo que ha sido completamente demostrado que lo mismo reduciendo a la Humanidad, que colocándola al mismo nivel del mundo animal en general, la doctrina de la evolución nos muestra claramente por vez primera cómo la creación y la perfección del hombre es el objetivo hacia el cual ha ido tendiendo desde el principio el trabajo de la Naturaleza. Ahora podemos ver claramente, que nuestro nuevo conocimiento amplifica, ensanchándola, la significación de la vida humana, y la hace parecer más que nunca el fin principal del cuidado divino; el fruto consumado de la energía creadora, que se ha manifestado al través del universo conocido.

## La Muerte y la Niñez

Por Quincey

**A**SI, pronto curóse la primera herida de mi corazón; no así la segunda; porque tú, querida y noble Elisa, al rededor de cuya sien, siempre se levanta sobre las tinieblas tu dulce semblante, imagino ver una corona de luz o una aureola coruscante de grandeza intelectual,—tú cuya cabeza, por su magnífico desarrollo, era el asombro de ciencia,—tú también fuiste arrebatada de entre nosotros y la profunda noche en que me hundió ese aconteci-

miento siguió mis pasos por mucho tiempo en el camino de la vida; y tal vez hoy día algo menos para el bien o para el mal respecto a lo que sin tu muerte hubiera valido. ¡Columna de fuego que me precediste para guiarme y estimularme! Columna de tinieblas, cuando apartando tu semblante para ocultarte en el seno de Dios, revelaste con demasiada verdad a mis nacientes temores la sombra secreta de la muerte. ¿Qué misteriosa gravitación atrajo mi corazón al tuyo? ¿Podría una

criatura de seis años atribuir mucho valor a la precocidad mental? Aunque juzgo vasta y ahora serena la mente de hermana, ¿bastaba esto para robarle a una criatura el corazón? ¡Oh no! Pienso en ellos con interés, porque puede dar a los extraños alguna explicación de mi excesivo cariño. Pero entonces aquella precocidad intelectual estaba perdida para mí, o si no perdida, sólo se le percibía al través de sus efectos. Si hubieras sido idiota, hermana mía, no por eso debiera haberte amado menos, pues tenías un gran corazón inundado de ternura como el mío por la necesidad de amar y ser amado. Esto fue lo que te coronó de belleza y de poder.

“El amor, el santo sentimiento, el mejor regalo de Dios, era en tí, excesivamente extenso”. Aquella lámpara encendida para mí con la reflexión de la luz que ardía en tí, nunca ya, desde su partida, tuve poder o tentación, decisión o deseo de revelar los sentimientos que me poseían. Porque yo era la más tímida de las criaturas, y en todas las épocas de la vida, un sentimiento natural de dignidad me impedía mostrar el menor rayo de pasión que no se me estimulara a revelar del todo.

Inútil es recorrer todas las circunstancias que arrebataron a mi guía y compañera. Ella, según lo recuerdo en este momento, se hallaba tan próxima a los nueve años como yo a los seis. Y tal vez esta superioridad natural en autoridad de años y de juicio, unida a la tierna humildad con que mi hermana rehusaba mostrarla había sido una de las fascinaciones de su presencia. Si puede uno confiar en recuerdos de esta clase, fue en la tarde de un domingo cuando la chispa de fuego fatal cayó en aquella criatura predispuesta a un ataque cerebral. Se le había permitido ir a pasar el día en la casa de un Labrador, padre de una sirvienta favorita. Puesto ya el sol, volvía acompañada de aquella sirvienta por entre praderas humeantes y exhalaciones, después de un caluroso día. Desde aquel día enfermó. En semejantes circunstancias,

una criatura, como yo era, no siente inquietud. Considerando a los médicos como gente privilegiada y naturalmente comisionada para hacer guerra contra el dolor y la enfermedad, no abrigaba dudas sobre el resultado. Me afligía, a la verdad, que mi hermana estuviese obligada a guardar cama. Me afligía más aún oír la gemir. Pero, no me parecía todo esto más que una noche de pena sobre la cual había de brillar el día. ¡Oh! ¡momento de tinieblas y de delirio aquel en que la nodriza me arrancó la ilusión y lanzó el rayo de Dios contra mi corazón, asegurándome que mi hermana había de morir! Bien se ha dicho que la extrema miseria no puede ser recordada. Ella misma, como cosa susceptible de recordarse, es ahogada y sepultada en su propio caos. Anarquía completa y confusión de espíritu cayeron sobre mí; y quedé sordo y ciego como si bambolearse bajo el peso de la revelación. No quiero recordar las circunstancias de aquellos momentos en que me hallaba en el colmo de mi agonía; la suya, en otro sentido, se acababa. Basta decir que todo concluyó pronto, y llegó por fin la mañana de aquel día que contempló desde su altura el inocente rostro de mi hermana durmiendo el sueño de que no se despierta, y a mí llorando el llanto inconsolable.

El día siguiente al de la muerte de mi hermana, y cuando aún no estaba profanada su pura frente por el escudino humano, formé mi plan para verla una vez más. Por nada del mundo hubiera divulgado esto, ni permitido a un testigo que me acompañase. Jamás había oído hablar de pasiones llamadas sentimentales, ni había soñado en semejante posibilidad. Pero el dolor, hasta en los niños, odia la luz y se recoge para ocultarse a la mirada humana.

La casa tenía dos escaleras; sabía yo que por una de ellas, y a medio día, cuando la casa estuviera en completo silencio, podría introducirme furtivamente en su cuarto. Imagino que fue como una hora después de la mayor altura del sol cuando llegué a la puerta de su apo-

sento; estaba cerrada, pero no habían sacado la llave. Al entrar cerré la puerta tan despacio, que aunque daba sobre un corredor que ascendía por todos los pisos, ningún eco recorrió los silenciosos muros. Entonces, dando vuelta, busqué el rostro de mi hermana; pero habían movido la cama y la cabecera estaba hacia mí. Nada se presentó a mi vista más que una gran ventana completamente abierta, por la cual derramaba torrentes de luz un sol de mediodía de verano. El tiempo estaba seco, el cielo despejado, las azuladas profundidades parecían tipos expresos de la infinidad, y no era posible que el ojo contemplase y el corazón concibiese símbolos más patéticos de la vida y su gloria.

Permítaseme que me detenga por un momento al aproximarme a un recuerdo tan conmovedor para mi espíritu, a fin de mencionar que en mis confesiones huí de explicar las razones por qué la muerte, siendo iguales las demás circunstancias, es más conmovedora en el verano que en las otras estaciones del año.

La razón de esto, como allí lo insinué, se hallaba en el antagonismo entre la exuberancia de la vida en el verano y las heladas esterilidades de la tumba. Por una parte, vemos el verano; por la otra, la tumba persigue nuestros pensamientos; la gloria nos rodea, las tinieblas nos poseen, y entrando ambas en colisión, la una enaltece a la otra y la pone en mayor relieve.

De este majestuoso espectáculo, volvía la vista hacia el cadáver. Yacía allí la dulce infantil figura; allí su angélico rostro; y como se cree comunmente, se diría que no habían sufrido cambio sus facciones. ¿Era así? la frente, a la verdad—la serena y noble frente—podría estar lo mismo de antes; pero los helados párpados, las tinieblas que parecían escaparse furtivamente de debajo de ellos, los labios de mármol, las manos entorpecidas y colocada palma contra palma, como si repitiese la súplica de una agonía que concluye, ¿podrían ser síntomas de la vida? Si así hubiera sido ¿por qué no me

lancé hacia sus celestiales labios con lágrimas e incansables besos? Pero no era así. Me quedé sobresaltado por un momento; el temor, no el miedo, cayó sobre mí, y mientras permanecía de esta manera en pie, empezó a hacerse sentir un solemne viento, el más triste que escucharon jamás oídos humanos. Era un viento que pudiera haber recorrido los campos de la mortalidad por miles de siglos. Muchas veces después, en días de verano, cuando hace más calor, he observado levantarse el mismo viento y emitir el mismo solemne, memnoniano, pero santo sonido. En este mundo es el grande y audible símbolo de la eternidad: y tres veces en mi vida me ha sucedido oír el mismo sonido y en las mismas circunstancias, es decir, parado entre una ventana abierta y un cadáver en un día de verano.

Cuando hirió mi oído esta vasta eoliana entonación, se llenaron mis ojos de la áurea plenitud de la vida, de la pompa de los cielos por arriba, de la gloria de las flores por abajo, y cuando vinieron a fijarse en el hielo que cubría el rostro de mi hermana, instantáneamente me sobrevino un éxtasis... Pareció abrirse el cenit del hermoso y azulado cielo, una bóveda, una abertura que subía rápidamente y sin término. Yo, imaginariamente, me levanté como sobre olas, que también subían por la abertura rápidamente y sin término; y las ondas parecían seguir el trono de Dios; pero él se nos escapaba y huía constantemente. La fuga y la persecución parecían continuarse por siempre jamás. Heladas sobre heladas y algún viento Sarsac de muerte parecía rechazarme. Alguna poderosa relación entre Dios y la muerte luchaba obscuramente por arrancarse del tremendo antagonismo. Aún hoy día, simbólicos significados continúan excitando y atormentando en sueños el oráculo revelador dentro de mí. Dormí, no se cuánto tiempo; poco a poco volví en mí, y cuando desperté me encontré como antes parado al pie de la cama de mi hermana.

Tengo razón para creer que había pa-

sado un larguísimo intervalo durante este devaneo o suspensión de mi perfecta vigilia. Cuando volví en mí, sentí (o la imaginé) pasos en las escaleras. Me alarmé, porque si alguien me hubiera descubierto, se habrían tomado medidas que me impidiesen venir otra vez. Apresurado, pues, besé los labios que ya no debía

besar más, y como un criminal, con pasos fugitivos salí del cuarto.

Así pareció la visión más bella de todos los espectáculos que me ha revelado la tierra; así fue mutilada la separación que debía ser eterna; así fue oscurecido ese adiós consagrado al amor y al pesar, al amor perfecto y al pesar incurable.

## El Lujo de Madrid

Por Antonio Zozaya

**C**REIAMOS algunos espíritus cándidos que el impuesto encarecía los alimentos y que tal carestía motivaba el malestar que agobiaba a cuantos tienen que trabajar para vivir.

Ciertos escritores piadosos nos han sacado de tal error. La culpa de nuestros apuros la tiene el pícaro lujo femenino. Las mujeres gastan en trapos una enormidad. Pero ¿qué se entiende por enormidad?

Para Ovidio ya era excesivo gasto, no ya el de vestir, sino el de alimentar a la mujer. El buey—decía—no alimenta a la vaca, ni el carnero a la oveja. Quevedo, gran camastrón satírico, llegaba más lejos: le agradaba tan sólo un dar, el de no dar nada. Y sobre este tema hizo varias letrillas deplorables.

Pero van siendo sobrados comentarios los que hacemos a esas letrillas; el famoso lujo de la mujer es un tópico que va rayando en vulgaridad. ¿Es que el marido no puede impedirlo? ¿No es más propio de un hombre imponer su autoridad para remediar despilfarros que lamentarse públicamente como una plañidera de oficio? ¿A qué hablar del lujo de la mujer si ésta rara vez gasta sino lo que consiente y dispone el marido?

Lo cierto es que no hay semejante lujo. Raro es el esposo amantísimo que gasta en vestir a la compañera de su vida la décima parte de su haber. Lo general es que malgaste el dinero fuera de casa. La mayor parte de las mujeres de la cla-

se media hacen verdaderos prodigios con telas baratas, sombreros que sufren constantes reformas y ropa interior de mada-polán. El lujo se reduce no pocas veces a cuatro andrajos, bien o mal pergeñados, cuyo costo misérrimo lamenta el marido en tono compungido, sin ver que incurrir en tremendo, en imperdonable delito de mezquindad y cursilería.

En este país de caballeros, el lujo se guarda para la querida, para el círculo o para el estanco. Para la madre de nuestros hijos reservamos las sobras de la mesa y los pingos de saldos y de baratillos. La cantinela de Nasón continúa siendo el constante tema monótono; y las pobres mujeres siguen cruzando la calle con miedo, temerosas de recogerse demasiado la falda, para no enseñar los tacones torcidos o la falda de barros zurcida con descolorido algodón catalán.

El dolor es para el hombre lo que el crisol para el oro: lo depura y le da más valor. Bien comprendido y soportado el sufrimiento, en la vida transitoria de este mundo, es el mayor beneficio imaginable, porque al salir el espíritu de este crisol probatorio, ha dejado en él todas sus impurezas, y se levanta del otro lado de la tumba resplandeciendo con las virtudes que esas impurezas manchaban. Así, pues, oh! vosotros los que lloráis, creedle a Jesús cuando os dijo que seréis consolados.

Felicísimo López

## Derechos de la Niñez

LOS derechos de la niñez son numerosos. Uno de ellos es el derecho a jugar. El juego libre y sin restricciones es la ocupación más importante en la vida del niño. El trabajo del niño debe ser tan placentero como sea posible y de acuerdo con sus inclinaciones naturales. La libertad de jugar y de experimentar a su modo desarrollará sus facultades físicas y mentales. Después, cuando tenga la edad suficiente para tomar parte en juegos de partido, el contacto con los demás niños fomentará sus sentimientos de justicia y de compañerismo. Hay muchas personas que creen que el permitir a un niño que juegue y que haga el trabajo que desee lo vuelve indisciplinado; sin embargo, la observación cuidadosa ha demostrado que en un noventa por ciento de casos, el niño a quien se deja elegir sus ocupaciones escoge aquellas que requieren considerable habilidad y ejercicio de la imaginación. Debe dejarse a los niños en libertad de aprender mediante sus errores y de descubrir sus propias limitaciones.

Los niños necesitan sentir que detrás de ellos hay brazos amorosos en los que pueden descansar, en caso necesario, mientras se aventuran en el peligroso camino de la experiencia. Ninguna institutriz pagada puede desempeñar el oficio de guía y consejero. Este es un asunto individual, es un deber que sólo puede ser cumplido adecuadamente por los padres.

El niño tiene derecho a la felicidad, y esto significa que tiene derecho a la felicidad tal como él la entiende y no tal como la entienden sus guardianes. Si se permite jugar a un niño siguiendo sus propias inclinaciones, se le proporcionará el máximo de contento. Para el niño el juego y el trabajo deben ser sinónimos. Debe guiársele a fin de que encuentre contento en su trabajo. Después de todo, nada en la vida iguala a la satisfacción que produce el trabajo realizado por

nuestros propios esfuerzos. El objeto de la verdadera educación debe ser cultivar la voluntad y la iniciativa y no obligar al niño a absorber un cúmulo de conocimientos áridos.

No hay duda de que la fuente más duradera de la felicidad se encuentra en el amor desinteresado. Debe hacerse comprender a los niños que el amor supera a todas las demás emociones, y que el amor engendra amor, lo mismo que el odio engendra odio. Es una gran verdad que en esta vida recibimos lo que damos. Cuando un individuo pierde la capacidad de dar, su vida pierde inmediatamente todo atractivo; le es imposible ser feliz. Una buena acción hecha desinteresadamente produce a quien la hace una felicidad que no admite comparación con ninguna recompensa material. Muchos que se han esforzado sólo por obtener prosperidad material, se han dado cuenta cuando ya es demasiado tarde, de que la vida los ha dejado con riqueza, poder y gloria, proezas, tal vez, pero sin amigos. Acaso tienen, es cierto algunos que se dicen sus amigos, y que tienen interés en cultivar su amistad, pero carecen de espíritus afines que busquen su compañía por el mero placer de estar con ellos. La felicidad, después de todo, es sólo un estado mental, es subjetiva. Debe guiarse a los niños en lo que respecta a la sociabilidad y al compañerismo, a fin de que les sea posible disfrutar de todo contento de que son capaces en este mundo.

De ser posible, debe dotarse también a cada niño de un cuarto exclusivamente para él. Se ha demostrado muchas veces que el medio ambiente es un factor muy importante en la formación de los gustos futuros del niño. Los niños son notablemente susceptibles al medio y demandan una atmósfera que les haga atractivo su hogar.

Los aposentos modernos para niños son de un encanto irresistible. Los mue-

bles están especialmente decorados de acuerdo con la fantasía infantil y llevan pinturas de animales de bellos colores que sirven para estimular el interés de los niños.

El arreglo ideal es disponer de un aposento para los niños distinto de su alcoba; pero cuando esto es imposible puede arreglarse con cuidado y vigilancia una habitación que sirva a la vez de dormitorio y de cuarto de juego a los niños.

Esta habitación debe estar alejada del ruido de los quehaceres de la casa. Hay que tener presente que la abundancia de aire fresco y de luz de sol es absolutamente necesaria para el bienestar del niño.

El material ideal para el piso del aposento destinado a los niños es la madera dura, la cual puede ser pintada o teñida, según se desee, y es muy fácil de asear. Se le puede decorar con pequeños tapetes lavables de bonitos colores. Muchas personas prefieren revestir el piso con linoleum o tela de hule, la cual viene con dibujos de animales o flores especialmente para niños, y es muy higiénica. Apenas si es necesario decir que las ventanas deben de ser tan numerosas como sea posible. La buena ventilación es muy necesaria, pero como los niños son muy sensitivos a las corrientes de aire, las ventanas deben estar provistas en invierno de ventiladores hechos especialmente pa-

ra el objeto. Las paredes pintadas son preferibles a las revestidas de papel tapiz, pues son más sanitarias y se las puede limpiar más fácilmente. Como la superficie blanca es demasiado brillante para los ojos de los niños, es conveniente decorar las paredes con tonos suaves. El aspecto alegre de una habitación depende en gran parte del color de sus paredes. Puede obtenerse un excelente resultado con un friso decorativo susceptible de ser cambiado de cuando en cuando, a menudo que crece el niño.

Los cuadros son también importantes y deben escogerse con la mira de educar la mente del niño. No es necesario confinar la selección a asuntos meramente infantiles. Los cromos exquisitos enseñarán al niño a amar lo verdadero y lo bello. Hay, en fin, algunas de las obras de los antiguos maestros apropiadas para este objeto, por ejemplo, una de las vírgenes de Rafael o la Edad de la Inocencia de Sir Joshua Reynolds.

Las cortinas son de gran importancia, deben ser lavables, pues la limpieza es una necesidad absoluta en todo el decorado de la habitación. Se las hace generalmente de cretona muy atractiva con bordes de estampas que representan cuentos de hadas o episodios mitológicos que interesan la imaginación del niño.

(De "El Norte-Americano")

## Esclavitud e Intolerancia

Por J. A. Carvajal Salazar

**L**A libertad es una de las más nobles y bellas adquisiciones que ha hecho el hombre y por la que ha derramado más sangre y sufrido más cruentos sacrificios. "Sólo la libertad hace dignos a los hombres" ha dicho uno de los más notables escritores sudamericanos, don José María Vargas Vila.

Sin embargo, qué lejos estamos de vi-

vir libremente, en el verdadero sentido de la palabra; por todas partes vemos cómo se atenta, de mil formas diversas a la libertad individual, que es la más sagrada, por pertenecer al hombre, el más alto exponente de la creación.

La vida social no es otra cosa que un conjunto de libertades que se valen de la diferente potencialidad de que dispo-

nen, de la fuerza intelectual de que pueden hacer uso, que explotan las riquezas; y que no teniendo la necesaria capacidad prudencial para meterse en el marco de su derecho, procuran con insistencia usurparse las unas de las otras, como sucede en el caso del patrón que impone a sus obreros pésimas condiciones de trabajo y un salario ridículo, mezquino, insuficiente para cubrir sus más apremiantes necesidades, aprovechándose de las serias dificultades por las cuales atraviesa el proletariado; como sucede con el obrero que a su vez, amenaza e impide a sus compañeros que trabajen en las épocas de huelga, haciendo de tirano odioso, al imponer la razón por medio de la fuerza; como sucede con el padre que sin medir el grado de autoridad que una ley divina ha puesto en sus manos para ser aplicada a los hijos, castiga a éstos de una manera brutal como si fueran bestias y no seres racionales, dignos del respeto y de la conmiseración humanos; como sucede con los hijos, que abusando del cariño paternal, explotan indebidamente el honor y los caudales de sus padres.

En general, puede decirse, que todos, absolutamente todos los hombres en sus relaciones de la vida en común, faltan con mucha o poca frecuencia al deber de respetar las libertades de los demás en sus más legítimas manifestaciones.

La historia y la vida diaria también nos demuestran que la humanidad está llena de opresores y de oprimidos. Junto a las opresiones violentas como la de los conquistadores y la de los tiranos, existen muchas otras de menor cuantía, silenciosas y oscuras, en la vida de la sociedad en general y en la vida del hogar, que están constantemente atentando contra la libertad de los individuos.

Pero de todos los atentados a la libertad humana por la injusticia de los hombres, ningunos tan abominables como el de la esclavitud y el de la intolerancia, porque ambos han hecho desde el comienzo de la humanidad, miles, incontables víctimas y las seguirán ha-

ciendo, con todo y que en la conciencia humana estén ya, desde hace tiempo, perfectamente condenados.

La esclavitud degrada la naturaleza del hombre suprimiéndole violentamente todas sus libertades. El esclavo no tiene nada que le pertenezca; aún su vida triste y precaria la lleva comprometida por una serie de trabajos forzosos que le impone la dura autoridad de su amo, señor todopoderoso, que en un minuto de cólera, puede disponer de la vida del esclavo a su antojo.

La esclavitud no se basa sobre ningún fin noble: el esclavo no trabaja para cumplir un deber natural o para alcanzar un deseo; trabaja para no ser torturado por el amo; el único objeto de su vida es evitar la cólera de su señor y por eso es que se arrastra vilmente por el fango como una serpiente, envileciendo su yo espiritual, que es el mayor crimen que el hombre puede cometer.

La intolerancia es peor que la esclavitud porque se adueña de las más hermosas de las libertades, de las más nobles: la de pensar y la de exteriorizar nuestras creencias.

La esclavitud data desde los tiempos más remotos y no solamente fue en la antigüedad un hecho universal sino que fue una doctrina defendida por los más hábiles y notables filósofos de aquella época. El mismo Aristóteles decía, al referirse a la esclavitud, que la naturaleza había hecho hombres con el destino de obedecer y para trabajar y a otros para mandar y no hacer nada. A los primeros los había hecho fuertes, llenos de vigor y a los segundos, débiles e incapaces de encorvar sus rectas estaturas en las labores rudas de los campos y de los talleres.

Sin embargo, en la misma antigüedad hubo algunos filósofos que atacaron la esclavitud, de una manera dura, en sus escritos y en sus discursos, tales como el gran Séneca, el cual exclamaba: "El que tú llamas esclavo, ha nacido de la misma semilla que tú. Goza el mismo

cielo, respira el mismo aire, vive y muere como tú".

Las ideas cristianas animaban al esclavo a la paciencia y a la resignación. Le consolaban de su desgracia sobre la tierra con el miraje de una vida de ultratumba toda llena de delicias, de goces inefables. El propio San Agustín consideraba la esclavitud un castigo divino y por eso la creía justa.

Fue hasta más tarde, cuando los filósofos modernos Juan Jacobo Rousseau y Montesquieu, refutaron elocuentemente la esclavitud y pusieron de relieve sus injusticias y sus vilezas.

La esclavitud se apropia en su totalidad del individuo; la intolerancia no tiraniza más que una parte, la más noble: nuestro pensamiento, nuestras creencias. La esclavitud de la intolerancia es la más negra de todas las esclavitudes porque establece la esclavitud de las conciencias. Y es también más detestable porque tiraniza cubriendo esa tiranía con un manto de bondad y de protección.

La esclavitud tiene como único fin las más groseras causas: el de adquirir riquezas, el de disfrutar el martirio de los inferiores. La intolerancia, por el contrario, se presenta como la poseedora y protectora de la bondad, como el guardián de la fe. Tiraniza al hombre no para emplearlo en el enriquecimiento de los demás, sino para salvarlo, para sacarlo de la ignorancia, del error en que vive. Y con esa falsa bondad y pretensiones de bien es como se han cometido los más horribles crímenes y las injusticias más terribles de que está llena la historia: un día es el filósofo griego Sócrates que bebe la cicuta por haberse declarado opositor de las ideas tradicionales; otro día es el notable sabio español Miguel Servet, que muere quemado vivo en una hoguera por haber publicado sus ideas respecto de la circulación de la sangre; otro día es el visionario navegante italiano Cristóbal Colón, quien es considerado un hereje y un loco y que pasea sus desgracias y sus

divinos proyectos de pueblo en pueblo de Europa, entre las mofas de todos los hombres; otro día son miles de víctimas de la tétrica Inquisición; en fin, la historia está llena de casos en donde la intolerancia ha dejado su estela de sangre, de miseria y de muerte.

La intolerancia data como la esclavitud, desde los primeros tiempos. Pueblos enteros como la India y el Egipto tenían sus instituciones sujetas a dogmas inflexibles. Grecia misma, con todo y que fue la tierra de las libertades y a quien se le toma actualmente como modelo de democracias, tuvo como ya lo hemos visto su Sócrates, víctima de la intolerancia religiosa.

La libertad de conciencia fue desconocida no solamente en la Edad Media, sino también durante el Renacimiento, época ésta en que la intolerancia religiosa y política llevó a la muerte: a la hoguera y a otras torturas a miles de mujeres y de niños inocentes.

Fue la declaratoria de los derechos del hombre de 1798 la que vino a inscribir en el derecho público la libertad de pensar y de manifestar nuestras creencias, corolario esta última de la primera, porque no sólo se es libre en el pensamiento disponiendo de nuestras ideas internas, sino expresando valientemente nuestras propias creencias por medio de nuestras acciones, de nuestras palabras y de nuestros escritos. A la Revolución Francesa, que con más propiedad debiera llamarse Revolución Universal, debemos pues el goce de todas nuestras libertades, de la tolerancia, que es el goce de la justicia y el respeto hacia las ideas.

El pensamiento obedece a la universal ley de que cada cosa engendra su semejante; y por tanto, todo pensamiento influye en el ánimo según su naturaleza. Son como veloces palomas mensajeras, que llevan lo que les ponemos.—E. W. Wilcox.

## Crónica e Impresiones

Ha terminado su labor la Escuela Sarmiento, en bien de los adultos. Fue establecida a iniciativa de las distinguidas educadoras señoritas Ester Silva, Lilia González y Lucila Bouthier y han impartido en ella provechosas lecciones las señoritas Vitalia Madrigal, Josefina Ramírez, Marta Sancho, Amelia Martínez, Martha Dittel, Talía Sánchez, Clemencia González, Victoria Madrigal, Orminta Peña, Estela Sánchez, Oliva Gutiérrez y los profesores don Enrique Jiménez Núñez, don Carlos Umaña y don Rafael Cartín. Ayudaron con algunas clases las señoras Celina Brenes Volio, Mercedes de Loría y los señores Ricardo Solís, Francisco Chacón y Jaime Gálvez. La asistencia media ha sido de 160 educandos, clasificados en 11 secciones de 1°. a 5°. grado. La escuela se ha sostenido con mil colonos que proporcionó el Gobierno de Aguilar Barquero y con la mitad del sueldo del representante al Congreso don José María Zeledón. Encomiable es el espíritu de progreso de estas personas: las iniciadoras, por el ahinco que han desplegado en favor de la clase obrera; los profesores, por su desprendimiento en colaborar sin miras de lucro en la educación de los desvalidos de la fortuna, y el escritor Billo Zeledón, por la forma positiva y nobilísima de intervenir en la regeneración de los obreros. Instituciones que se levantan a impulsos de semejante civismo, del sentimiento de la fraternidad, merecen el amparo de los hombres que anhelan que el pueblo se enderece con el amor al trabajo y la práctica de las virtudes. Esperamos que el supremo Gobierno ha de mirar con simpatía la Escuela Sarmiento y ha de prestarle el apoyo moral y material que necesita en su gestión educativa.

\*  
\* \*

En estos días nos visitarán los apreciables Doctores Mr. Wilbur Thirkield y Mr. Harry Farmer. Son notables en Estados Unidos por su ilustración y magnanimidad: han empleado el vigor de su vida en difundir la ciencia en universidades y en llevar al seno de la sociedad la luz del Evangelio. Conocen bien los países latinoamericanos y se interesan por su bienestar y futuro. Vienen como delegados de la Iglesia Metodista a ver en qué pueden ayudarnos; por esto su primera tarea consistirá en estudiar la situación de la clase obrera y el estado de las instituciones docentes y de beneficencia. Ellos consideran que ha llegado el momento de levantar al caído, de impulsar el progreso de los pueblos, de organizar sus instituciones y de proscribir los vicios que degeneran la raza humana.

\*  
\* \*

Nos complacemos en felicitar con vehemencia al Personal de las Escuelas de Puntarenas, por el tino y consagración con que ha desempeñado su tarea educativa. De igual modo presentamos nuestro parabién al inteligente Inspector de aquellas Escuelas, don Manuel Obando, por su celosa inspección, por sus esfuerzos en poner en boga los sistemas educacionales modernos.

---

La fe es el divino mensajero que guía al hombre extraviado por la duda y el error.—Marden.

